

## Heridas sanadas

Abril 11, 2021 – Rev. Héctor Hoppe

### Juan 20:24-29

*Pero Tomás, uno de los doce, conocido como el Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. <sup>25</sup> Entonces los otros discípulos le dijeron: «Hemos visto al Señor.» Y él les dijo: «Si yo no veo en sus manos la señal de los clavos, ni meto mi dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no creeré.» <sup>26</sup> Ocho días después, sus discípulos estaban otra vez a puerta cerrada, y Tomás estaba con ellos. Estando las puertas cerradas, Jesús llegó, se puso en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con ustedes.» <sup>27</sup> Luego le dijo a Tomás: «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» <sup>28</sup> Entonces Tomás respondió y le dijo: «¡Señor mío, y Dios mío!» <sup>29</sup> Jesús le dijo: «Tomás, has creído porque me has visto. Bienaventurados los que no vieron y creyeron.»*

### ¿QUÉ NOS DICE EL TEXTO?

- Enlazaremos este pasaje de Juan con Isaías 53, donde se describen los sufrimientos del Hijo de Dios por nosotros. Con resaltar solamente que el Hijo de Dios “no tendrá apariencia atractiva” (v 2); “Será el hombre más sufrido” (v 3); “será herido por nuestros pecados” (v 5); “se verá angustiado y afligido” (v 7), reconocemos la importancia de la historia del reencuentro entre Jesús resucitado y Tomás.
- Jesús fue herido en toda su plenitud: la angustia en el Getsemaní le arrancó grandes gotas de sudor como de sangre –literalmente, ¡la angustia le reventó algunos vasos sanguíneos!–. Los azotes le marcaron la espalda y su dignidad de santo. La corona de espinas lo humilló hasta lo más profundo y los clavos le cercenaron sus extremidades. Mirar a Jesús en esas condiciones no era atractivo para nada.

- Una semana después de su resurrección Jesús se parece nuevamente a sus discípulos, quienes, a esta altura, ya tenían una confirmación clara de que Jesús había resucitado. En el entretiem po, entre la primera aparición de Jesús el día de la resurrección y el encuentro con Tomás, los discípulos le contaron a Tomás que Jesús estaba vivo. ¿Dónde se había metido Tomás el día de la resurrección? No sabemos. Pensamos que se había escondido –como lo hicieron los demás discípulos– prefiriendo evitar la compañía de sus amigos. Tomás no duda, sino que cree firmemente que Jesús no resucitó, y no creerá a menos que tenga las pruebas a mano.
- Tomás es categórico. Él requiere pruebas directas y bien específicas: quería meter el dedo en la prueba. Tomás no aceptó el testimonio de sus amigos. Diez de los doce discípulos lo habían visto resucitado. Pero esos diez tampoco habían creído en primera instancia. Cuando María Magdalena volvió de la tumba vacía y de su encuentro con el Señor, los discípulos no le creyeron (Marcos 16:11). Luego, Jesús se les apareció a dos discípulos –no pertenecientes al grupo de los doce– camino a Emaús. Cuando estos dos discípulos les contaron a los otros discípulos, estos no les creyeron (Marcos 16:13). Solo creyeron cuando Jesús se les pareció vivo mientras ellos estaban encerrados bajo llave. Tomás no fue diferente. Solo se había salteado una reunión.
- Jesús hace una aparición idéntica a su primera aparición el día de la resurrección. Ocho días después, el escenario también es parecido. Los discípulos –esta vez con Tomás– están encerrados bajo llave. A esta altura los discípulos ya sabían dos cosas: si alguien de la guardia quisiera entrar, no podría, y si a Jesús se le ocurría visitarlos nuevamente, ya sabía cómo hacer para entrar. Creemos que al menos eso habían aprendido: nada detendría a Jesús.
- El saludo de Jesús es común a la sociedad hebrea de esos tiempos (y hasta el día de hoy). “*Shalom* a ustedes”, dijo Jesús. Este amplio término se puede traducir: “tranquilos,

estén bien.” La *Shalom* –paz– aleja toda perturbación, temor e intranquilidad. La *Shalom* calma las ansiedades. Jesús reconoce la perturbación que su crucifixión y muerte habían causado en sus seguidores. Reconoce que están cargados de vergüenza y de auto reproche por su conducta miedosa y egoísta.

- Jesús se dirige directamente a Tomás –los demás ya habían pasado por esta experiencia–. Invita –¡jordena!– a Tomás a tocar sus heridas. ¿Qué habrá convencido a Tomás? ¿Que corroboró con sus propias manos las heridas de Jesús, o que Jesús haya traído las pruebas que él reclamó con tanta insistencia días atrás? Seguramente, Dios usó ambas circunstancias para llevar a Tomás a la fe.
- Tomás ha visto, ha tocado, ha corroborado. ¿Qué le queda ahora por hacer? ¡Caer de rodillas! Las heridas son pruebas contundentes de que este es el mismo Jesús que caminó con ellos esos años pasados. Sus heridas son también pruebas contundentes del cumplimiento de la profecía en Isaías 53.
- Esta porción de la historia concluye con la afirmación de Jesús: “*Bienaventurados los que no vieron y creyeron*” (v 29). Todas las personas que creyeron en Jesús después de su ascensión lo vieron a través de los ojos de los primeros testigos y pusieron su fe en el testimonio que les dejó la Escritura. Pueden considerarse bienaventurados.

## PARA REFLEXIONAR

1. El miedo al enemigo, ya sea real o imaginario, es un gran estorbo para una vida plena. El temor nos encierra en nosotros mismos, nos aparta de los demás y nos paraliza de tal forma, que algunas veces no sabemos hacia dónde ir o a quién recurrir. Este pasaje deja bien en claro que no hay candado que Jesús no pueda ni quiera romper. ¿Qué miedos te paralizan? ¿Qué temores te hacen encerrarte

en ti mismo? Compruébalo por ti mismo. Confía en el poder y la buena voluntad de Jesús. Él te la transmite por medio de su Palabra.

2. Todas las personas del mundo resultan heridas de una forma u otra. A veces esas heridas son profundas: la muerte de un ser querido, un divorcio, un serio problema de salud, una adicción que destruye la vida y las relaciones con los demás. ¿Cuáles son tus heridas? ¿Están curadas? ¿Ha habido alguien que las lavó y vendó con cuidado para que tú puedas seguir adelante con la vida?
3. Lamentablemente hay heridas que tardan mucho en sanarse, sobre todo las heridas emocionales producidas por el maltrato, el abandono y tus propias faltas. Estas se convierten también en heridas espirituales que se interponen a una relación honesta con el Señor Jesús. Tenemos que recordar entonces el pasaje de Isaías 53 que detalla que las heridas de Jesús fueron producidas por nosotros. *“Él será herido por nuestros pecados; ¡molido por nuestras rebeliones! Sobre él vendrá el castigo de nuestra paz, y por su llaga seremos sanados”* (Isaías 53:5). ¿Hay algo que se interponga en tu relación con el Señor Jesús?
4. ¿Notaste que Isaías dice que por sus llagas nosotros seremos sanados? Dios viene a curar todas nuestras heridas. Jesús lava con su propia sangre santa la herida que infecta nuestra existencia, que no nos deja ser todo lo que podemos ser. Jesús sana, definitivamente, y lo hace perdonando todas nuestras faltas y animándonos a perdonar a los que causaron nuestras heridas. ¿Tienes alguna herida sin sanar? ¿Qué te impide llevársela a Cristo?
5. Las heridas sanadas son un instrumento efectivo para el testimonio. ¿Qué heridas ha sanado Dios en tu vida? ¿Puedes usarla como testimonio de la gracia

# Para el Camino

---

de Dios en tu vida? ¿Quiénes, a tu alrededor, pueden beneficiarse de ese testimonio?